



Industria maquiladora de exportación

Con el objetivo de proporcionar información estadística que permita un conocimiento amplio y oportuno de la evolución del sector maquilador de exportación en México, se elabora y difunde en forma mensual la estadística de la industria maquiladora de exportación.

En México esta industria tiene sus inicios a mediados de la década de los sesenta,

bajo la promoción del Programa de Industrialización de la Frontera Norte, con el fin de proporcionar las condiciones necesarias para la creación de empresas maquiladoras en esa región del país.

De esta forma, con el establecimiento de las dos primeras empresas (dedicadas a la manufactura de televisores y plásticos), surgen paralelamente dos parques industriales: el primero fue en Ciudad Juárez y el segundo en Nogales. Posteriormente, apare-

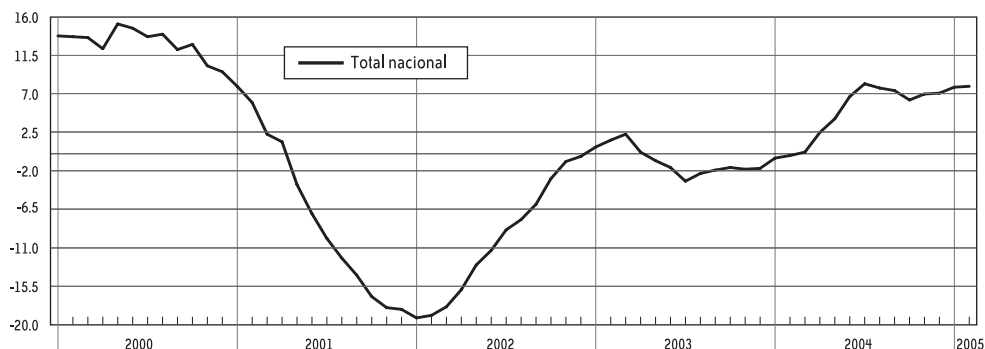
cen otros a lo largo de la frontera, entre los que sobresalen los ubicados en Mexicali, Tijuana, Reynosa y Matamoros.

No obstante que en sus inicios el programa de industrialización apoyaba la creación de empresas en la frontera norte, actualmente es posible establecer este tipo de plantas en cualquier parte del país, promoviéndose principalmente en zonas con alta concentración de mano de obra.

Indicadores económicos de coyuntura. Industria maquiladora de exportación. Personal ocupado. Variación respecto al mismo mes del año anterior

Unidades: Variación porcentual

Fuente: INEGI. Estadística de la industria maquiladora de exportación.



Escritos de frontera Del agua y la lección de economía

ARTURO DAMM ARNAL

I

La causa del problema económico es la escasez, es decir, el hecho de que no todo alcanza para todos, menos en las cantidades que cada uno quisiera, y mucho menos al precio que cada quien está dispuesto a pagar, razón por la cual hay que economizar, es decir, que satisfacer el mayor número de necesidades con la menor cantidad posible de satisfactores. Y nada más eficaz para economizar que los precios,

cuyas funciones son posibilitar el intercambio, que no solamente implica *esto por aquello*, sino *tanto de esto por tanto de aquello*, siendo éste el precio de *aquello* en términos de *esto*; racionar el mercado corrigiendo cualquier situación de sobreproducción (baja del precio) o escasez (aumento), tendiendo hacia el equilibrio entre la oferta y la demanda; reflejar las valoraciones de los consumidores, mostrando el precio máximo que están dispuestos a pagar por las mercancías ofrecidas (a mayor precio mayor valo-



ración), reflejar la productividad de los oferentes, enseñando el precio mínimo al cual están dispuestos a vender (a menor precio mayor productividad).

Insisto en el punto: para economizar, lo cual supone la satisfacción del mayor número de necesidades con la menor cantidad posible de satisfactores, se requiere de los precios, que son el medio más eficaz para economizar, realidad que, desafortunadamente, no todos los economistas han entendido, por no mencionar a políticos y legisladores, quienes pretenden solucionar el problema de la escasez haciendo caso omiso de las más elementales lecciones de economía.

II

Las necesidades humanas se dividen en dos grandes grupos, comenzando por las básicas, que son aquellas que, de quedar insatisfechas, atentan contra de la salud y la vida del ser humano, siguiendo con las no básicas, que incluyen los antojos, gustos, deseos, caprichos, y cuya no satisfacción no atenta, ni en contra de la salud, ni la vida, de la persona. Las primeras dependen más de la naturaleza que de la cultura; las segundas son más culturales que naturales.

Ya sean básicas, o no básicas, las necesidades deben satisfacerse, por lo que se requieren satisfactores, que son escasos, y hay que economizarlos, para lo cual hay que dejar que funcionen los precios, y que lo hagan sin ningún tipo de intervención gubernamental, ¡por más nobles que sean los fines que la motiven! Sobre todo cuando se trata de bienes y servicios que satisfacen necesidades básicas, como lo son, por ejemplo, los alimentos y el agua, algo que, a simple vista, puede considerarse inhumano: ¡dejar la satisfacción de necesidades básicas al libre juego de la oferta y la demanda, de tal manera que para conseguir aquella se tenga que pagar un precio! ¿Cómo es posible que la satisfacción de las necesidades, sobre todo de las básicas, dependa del poder de compra, sin el cual no se puede pagar el precio? Ésta es la pregunta que se hacen voluntades bien intencionadas, pero inteligencias confundidas. Y los problemas, comenzando por el de la escasez, no se resuelven con buena voluntad (al menos no solamente con buena voluntad), sino con inteligencias claras.

III

Movidos por sus buenas intenciones, pero sin haber esclarecido las confusiones de la inteligencia (es más: muchas veces sin haberlas identificado), los políticos,

gobernantes y legisladores pretenden solucionar el problema de la escasez poniendo al alcance de los más necesitados, que los son por ser incapaces de satisfacer sus necesidades básicas, los satisfactores a un precio accesible que, obviamente, es menor que el precio establecido libremente en el mercado. Si por ellos fuera eliminarían el precio, eliminación que, desde el momento en el cual la producción de los mentados satisfactores tiene un costo, resulta imposible. Ante la imposibilidad de eliminarlos, los reducen lo más posible, evitando con ello que los precios cumplan con las tres últimas de sus cuatro funciones: racionar el mercado; reflejar las valoraciones de los consumidores y la productividad de los productores, todo lo cual distorsiona el mercado, agravando el problema que se pretendía aliviar, y que en general no es otro más que el de la escasez. Si en algún caso vale la pena aplicar aquello de que *de buenas intenciones están pavimentados los caminos al infierno* es éste.

IV

Federico Bastiat, a mediados del siglo XIX escribió, con la claridad que muestra su enorme capacidad didáctica: “En el campo de la economía, una acción, un hábito, una institución, una ley, dan a luz no solamente un efecto, sino a una serie de efectos. De éstos, solamente el primero es inmediato; se manifiesta simultáneamente con la causa, y es visto. Los otros aparecen sucesivamente, y no son vistos inmediatamente, por lo cual resulta conveniente preverlos. Entre un buen y un mal economista esta constituye toda la diferencia: el último considera el efecto inmediato, y por lo tanto visible; el primero toma en cuenta ambos efectos, los inmediatos, los que se ven, y aquellos que, por ser mediatos, es necesario prever. Esta diferencia es enorme, ya que casi siempre sucede que, cuando la consecuencia inmediata es favorable, las últimas consecuencias son fatales, y viceversa. De lo anterior se sigue que el mal economista persigue un pequeño bien presente, que será seguido por un gran mal, mientras que el verdadero economista persigue un gran bien futuro, enfrentando el riesgo de un pequeño mal en el presente.” El pequeño bien presente será, producto de la manipulación gubernamental, no de una mayor oferta, un menor precio de los satisfactores básicos. ¿Cuál será el gran mal futuro?

Recurramos a Henry Hazlitt, quien a mediados del siglo XX, escribió lo que sigue: “El arte de la economía consiste en considerar los efectos más remotos de cualquier acto o política, y no solamente sus conse-



cuencias inmediatas; en calcular las repercusiones de tal política, no sobre un grupo, sino sobre todos los sectores.” Y concluyó señalando que “nueve décimas partes de los sofismas económicos que están causando tan terrible daño en el mundo actual son el resultado de ignorar esta lección” que, no por haberse impartido en 1948, ha dejado de tener validez.

V

A estas alturas el lector se preguntará ¿a cuenta de qué todo lo anterior? Lo explico. Según datos proporcionados por el Consejo Consultivo del Agua, en 1950 la disponibilidad de agua era de más de 11 mil metros cúbicos por habitante al año; hoy es de sólo 4 800 y para el 2025 será de 2 500 metros cúbicos por mexicano, lo cual muestra que la disponibilidad de agua por habitante se redujo, en 55 años, 56.4%, y que en las próximas dos décadas se reducirá un 47.9% adicional. Cada vez hay menos agua por habitante y, de mantenerse la tendencia, tarde o temprano escaseará, sin olvidar que hoy doce millones de mexicanos no cuentan con agua potable, razón por la cual conviene hacer un uso más económico de la misma, para lo cual se requiere usar menos agua para la satisfacción de las mismas necesidades.

¿Cómo conseguirlo? Dejando que los precios hagan su tarea, para lo cual se necesita que los consumidores paguen un precio que, por lo menos, alcance para cubrir, en su totalidad, el costo de extracción y transportación del agua, algo que no sucede: el precio promedio del metro cúbico de agua en México es de tres pesos, pero extraerla y transportarla para hacerla llegar a los consumidores cuesta más de ocho, de tal manera que las tarifas promedio por consumo de agua potable no cubren ni 50% de los costos de inversión, extracción y suministro.

VI

La causa es la imposición de un precio por debajo del de mercado que, por lo menos, debe ser suficiente para cubrir los costos de producción, que en el caso del agua son los costos de extracción y transporte. El efecto inmediato, el que se ve, es el beneficio de los consumidores, que pagan un precio menor del que deberían pagar. ¿De qué se trata? Del *pequeño bien presente* al que se refiere Bastiat, pequeño, sobre todo, en comparación con *el gran mal futuro* que, de no corregirse el error a tiempo, sobrevendrá sin remedio.

El pequeño bien presente es producto de la mani-

pulación gubernamental, no de una mayor oferta de agua, un menor precio de la misma. ¿Cuál será el gran mal futuro? En primer lugar el despilfarro del agua (algo que ya se da) y, en segundo término, su escasez (algo que ya afecta a muchos mexicanos).

VII

Mucho se podrá hacer para economizar agua. Pero si todo ello no va precedido por un precio realista, nada será eficaz.

Hay que tener presente que lo correcto, desde el punto de vista ético, y lo eficaz, desde el punto de vista económico, es que el consumidor pague el costo de producción de aquello que consume, sobre todo si se trata, tal y como es el caso del agua, de bienes y servicios de primera necesidad, los cuales, ante el fenómeno de la escasez, hay que economizar, y se requiere que el consumidor los aprecie en lo que cuestan, para lo cual se necesita que pague íntegramente su costo de producción, siendo que del agua no se paga ni el 50 por ciento. ¿Y así pretenden que la economicemos? ¡Por favor!

Quienes manipulan el precio del agua, ¿ya tomaron en cuenta los efectos generales y de largo plazo de sus acciones? ¿Ya consideraron, no solamente el efecto inmediato y visible, sino también los mediatos, y por ello mismo invisibles? No olviden que, al final de cuentas, no hay bien o servicio más caro que el que no existe. Es increíble que en algo de tanta importancia se ignore, de manera tan irresponsable, una de las principales lecciones de la ciencia económica.

En éste, como en muchos otros temas, hay que ir más allá de la frontera.